



EL INSTINTO ICARIO

Por JOAQUIN FERNANDEZ QUINTANILLA
Comandante de Aviación.

*Primer premio de Temas Generales
de nuestro Concurso de Artículos.*

... lo que él quería era volar. Quería un vuelo extraordinario. Llegar nada menos que hasta la lejana región donde se esconde el profundo sentido de la vida.

Se puso en pie y quedó un momento pensativo en lo alto del repecho. Su masa encefálica no era aún demasiado abundante, pero dentro de ella se había clavado ya, como un ahijón, la idea. ¡Quería volar!

Anduvo unos pasos y, de pronto, bajando del repecho decidió ponerse en marcha tras de su idea. Pero el aire era sutil y su secreto se le escapaba constantemente de entre las manos. ¿Con qué órgano de los sentidos se veían, se oían, se palpaban los caminos del aire?

Aquello era mucho para su rudimentaria mentalidad de hombre del sílex. Fueron cinco mil años de persecución, de andar y desandar por los mismos caminos sin salida, de aprender a utilizar energías ocultas durante siglos bajo la superficie de las cosas, cinco milenios hasta conseguir armar con cuatro palos y un poco de tela algo con que poder volar.

Un frío día de diciembre de 1903, empujando su juguete nuevo, el Hombre llegó a un claro del bosque.

El Sol dibujaba en él una suave colina sobre la verde hierba. La llamaban Kill'Devil Hill, la colina del Mata Diablo. Era lo que necesitaba.

Hasta el nombre encerraba un profundo sentido esotérico. En aquel momento sentía el mismo vértigo de alturas que sintió cinco mil años antes. Se caló nervioso la visera al viento, montó en su aparato y se lanzó al aire.

Abajo quedaba el bosque. Y allá, en el otro extremo, estaba aún el Hombre primitivo, con sus ansias de vuelo. Y entre ambos, como en una columna rostral romana, se desarrollaba en espiral toda una maravillosa teoría de imágenes: Héroes y dioses griegos y germánicos cabalgando airosos sobre alados corceles. Legiones bíblicas de arcángeles y querubines blandiendo desde las alturas flamíferas espadas. Alfombras mágicas, de Persia y de Bukhara, deslizándose fantásticas por los sueños de "Las mil y una Noches". Brujas, tragos, vampiros. Y globos. Muchos globos. Dieciochescos globos franceses, azules y blancos, como gigantescos jarrones de Sèvres.

Y por debajo, como un fino nervio de acero, armando y sosteniendo todo el tinglado, un solo impulso, un deseo único, irrefrenable, insatisfecho, obsesivo como una neurosis de la Especie... ¡Volar!

"Durante días y días la sombra de Ícaro le persiguió, atormentándole. La veía interponerse entre las personas y las cosas queridas y él.

—¡Oh, Déspota!—exclamó dirigiéndose a

Júpiter—. Icaro es mi anciano hermano mayor. Yo intento ahora renovar su hazaña allá en lo ignoto. Sé clemente con esta mi ansia de alturas y abismos.”

¡Ansias de alturas y abismos! ¿Quién sabe algo de este instinto, tan viejo como la Humanidad, que como una afilada aguja va torturando cerebros y enhebrando iluminados a través de los tiempos? Y, sin embargo, en él se oculta la razón metafísica de nuestra profesión, de nosotros mismos, nuestra razón de existencia.

¡El instinto icario! ¿Constituye, en verdad, el deseo de volar una vivencia latente de la Humanidad, un auténtico instinto ancestral, un impulso subconsciente, ordenado a la consecución de un fin remoto de la Especie?

* * *

Al llegar aquí cogí esa figurilla de barro que es el Hombre y la examiné entre mis manos. Quería saber. Necesitaba conocer cómo nació en él la idea, cuándo se transformó en ardiente fiebre, cómo se fué transmitiendo de un hombre a otro.

Veía, en el origen de los tiempos, un Hombre tan borroso y perdido en el horizonte, tan sin referencias, que hube de empezar buceando en las profundas aguas del mundo mitológico de la antigüedad, tratando de encontrar entre sus fábulas y símbolos los restos que hasta ellos pudieran haber llegado arrastrados por la resaca del Diluvio del pensamiento de los pueblos primitivos. Comparé después, a la manera haeceliana, la infancia de la Humanidad con la del individuo. Intenté reconstruir, en suma, con unos y otros materiales, el clima mental en que el Hombre incubó su idea de volar.

Imaginábame a éste tumbado en un ribazo, allá en el cuaternario, sumido en el espectáculo de la Creación. Le veía entretenido en la contemplación del vuelo de las aves. Siguiéndolas con la vista y con el pensamiento. Sintiendo la voluptuosidad de su vuelo tan real y subjetivamente, como una sensación fisiológica propia, de una manera que ya no somos capaces de sentir, porque el hombre en su estado natural participaba mucho más profundamente que nosotros en los reinos inferiores de la Naturaleza.

Aquel Hombre, que tan puros conservaba aún sus impulsos, debió de sentir con extraordinaria

violencia, viendo volar a las aves, la fuerza de su instinto de imitación.

Darwin y otros naturalistas han hecho la sutil observación de que las especies animales no se imitan unas a otras, sino en muy raras ocasiones. ¿Cuáles pudieron ser las que determinaron al Hombre a imitar especie tan dispar como las aves?

Hace años se produjo en el Arte una revolución estética que, indirectamente, nos arroja extraña luz sobre este asunto. Me refiero a la irrupción del expresionismo, allá por el novecientos, arrastrando a su paso toda la pintura anterior.

Yo había oído decir a Carl Schmitt que los pintores son los que más claramente perciben los fenómenos espaciales. Según él, los artistas del Quattrocento adelantaron en sus perspectivas la redondez de la Tierra mucho antes de que la confirmasen los españoles con la quilla del “Victoria”.

Estudiando el movimiento expresionista caí en la cuenta de que el “Brücke”, el “Puente”, la asociación de pintores alemanes de vanguardia, se había fundado precisamente el año anterior al que los hermanos Wright eligieron para realizar su famoso vuelo.

Comprobé en otros lugares parecidas analogías, y llegué a la conclusión de que a principios del siglo, tras el dominio horizontal del globo con la máquina de vapor, sobrevino en el mundo un anhelo de espacialidad que los pintores, haciendo gala de la opinión de Schmitt, fueron los primeros en denunciar. En el fondo fué un único e idéntico afán el que animó a los expresionistas a luchar contra el mundo plano de los impresionistas, y a los primeros aeronautas a lanzarse al aire.

Pues bien, y aquí es a donde quería venir a parar; sacando de este caso aislado la ley general, vemos que es precisamente en aquellos momentos de la Historia en que el Hombre cree dominar su traslación horizontal, cuando siente hervir de nuevo su sangre en un deseo loco de volar.

Indudablemente el Hombre, que fué el último en comparecer en el concierto de la Creación, y que encontró a su llegada especies animales que dominaban a la perfección sus procedimientos de traslación, cuando él aún daba titubeante sus primeros pasos, debió sentir una admi-

ración tal por algunos animales especialmente diestros—y entre ellos, con toda seguridad, las aves—, que no es de extrañar llegase a considerarlos como seres superiores. De aquí nacieron, sin duda, las primeras religiones zoomórficas. No hay que olvidar que, en última instancia, la posibilidad de conservar la vida en la selva depende de la facilidad y rapidez para huir del enemigo o aproximarse a la presa.

Posteriormente, a medida que la varia fortuna de los tiempos le fué permitiendo dominar el medio ambiente y las otras especies animales, debió variar por completo el concepto de su lugar dentro del orden de la Naturaleza; y de la adoración de aquellos animales, por los que sintió un día envidia física, pasó a la divinización del Hombre.

En este momento de euforia vital, de fe ciega en sus posibilidades, cuando quedaban superadas las otras especies, entonces precisamente fué cuando nació seguramente en él por vez primera la idea de acometer la etapa siguiente. “E intentó volar a imitación de las aves.”

En Biología existe una figura que se conoce con el nombre de suplantación de instintos. Cuando el Hombre primitivo se puso en marcha, acuciado por su idea de volar y no pudo realizarla, nació en él, tarado—como un deseo insatisfecho, como un acto no realizado, a lo Freud—, el “instinto icario”.

Sí, así nació “nuestro” instinto de vuelo. En medio de las selvas del cuaternario y dentro de una frente huida y tenebrosa. Por transmisión sinóptica. Observando el vuelo de las aves.

Pero los años van pasando, y el Hombre, a fuerza de vagar inútilmente, termina por comprender. El Hombre comprende entonces otras muchas cosas. Su cabeza se ha ido limpiando con el tiempo de las telarañas que la oscurecieron. En su imaginación viven ya, en latencia, todas las leyes del Universo.

Y cuando contempla ahora el espectáculo que éste ofrece a sus ojos, sintetiza. De abstracción en abstracción, con su rudimentaria mecánica mental, va perfilando poco a poco el concepto racional de un orden en la Naturaleza, en el que cada especie tiene prefijado el medio físico—tierra, mar o aire—en que ha de desenvolverse. Y entonces comprende que él nunca podrá entrar a cuerpo limpio en uno para el que, naturalmente, no ha sido creado.

No hay, sin embargo, en su pensamiento, pe-

simismo alguno. Porque simultáneamente, en forma embrionaria, se ha abierto en él paso el razonamiento platónico sobre los grados de perfección. Si entre el repugnante plumaje del buho, que es la fealdad misma, y el maravilloso del ave del paraíso, que es la suprema belleza, existe toda una gama de eslabones intermedios, ¿por qué no ha de haberla entre el torpe y asqueroso arrastrarse del caracol y el vuelo mayestático del águila caudal?

Tras de la transmisión sinóptica viene el presentimiento teleológico. El Hombre intuye que ha de ir subiendo escalón por escalón, y que algún día se remontará ingrávido por encima de las mismas águilas, hasta alcanzar los espacios angélicos.

* * *

Tras el alba llega la mañana.

El Sol se alza sobre el horizonte y sus rayos caen de lleno sobre la tierra, de la que escapa un vaho de vida. La savia corre caliente bajo la piel del mundo. Son los años de la adolescencia de la Humanidad. El momento de su eclosión vital, de la floración de su pensamiento en una exuberante profusión de formas y de ideas.

En la adolescencia la imaginación está fuertemente desviada hacia lo lírico. Un sentido estético incipiente tiñe con su estro cuanto toca. La zona de los objetos imaginarios y la de los reales se hallan aún tan vagamente delimitadas, que el pensamiento toma con facilidad por sucedida la narración poética. Es la gozosa edad en que aún se ven ninfas fugitivas corriendo por el bosque, y al inclinarse a beber en un charco nos saluda desde su superficie el riente rostro de una náyade.

El Hombre acaba de recoger su herencia de ideas del mundo primitivo. Dialoga con las cosas. De una en otra, como una mariposa, va preguntándolas de nuevo su sentido, y al no recibir contestación alguna se entrega a un fantástico juego, crea un mundo fabuloso para él solo, y, con pródiga liberalidad, lo aventa con un gesto de la mano, esparciéndolo como una lluvia de imágenes, para que lo recojan los tiempos venideros. Son los años en que, en todas las culturas, brota el pensamiento mítico. Los años de Grecia y Roma, los de los dioses nórdicos y asíricos.

Abriéndonos paso entre la fronda mitológica,

vayamos, como Teseo en el Laberinto, siguiendo hasta su origen el hilo de nuestro instinto icario. ¿Qué se hizo aquí del ansia del vuelo del Hombre primitivo? ¿A dónde fué a parar, durante este período, su vértigo de espacios?

Al hablar del Hombre primitivo vimos cómo aquellos ídolos zoomórficos que constituyeron su religión primera fueron más tarde derrocados en un momento de exaltación humana. Pero el Hombre falló ante el hombre. Su fracaso, al intentar superar aquellas cualidades que envidió en otros animales, fué rotundo.

Cuando el ídolo cae, el sentido religioso intenta inmediatamente su reposición. En tan arcaico período de la inteligencia humana ésta había de hacerse, por fuerza, sobre el patrón hombre, pero adornándole previamente con aquellas cualidades en las que fracasó.

Surgen así, como una segunda etapa en el camino, las religiones zooantropomórficas, en las que el dios es en parte hombre y en parte fiera. En un principio de una manera anatómica aún, como en los faunos capripedes griegos, o en Cernunnos, el dios celta de la estupenda cornamenta de ciervo, o en Bast, la bella diosa egipcia de cabeza de gato. Pero, más tarde, considerando el hombre que ningún producto de su imaginación podría ser más hermoso que el cuerpo humano, joven y robusto, el hombre-ídolo terminó por conservar su apariencia física humana, sin perder por ello sus facultades animales.

Estamos en este momento de alegre promiscuidad entre dioses y bestias, en que Zeus se transforma en toro para conquistar a Europa, y Pasífae da a luz un Minotauro.

Por un proceso de simplificación y síntesis, común a todas las religiones, largo tiempo conservadas por tradición oral, en estos ídolos zooantropomórficos cada facultad vino a quedar representada a la postre por un órgano símbolo. Así, por ejemplo, en la esfinge, que hallamos tanto en el círculo de ideas asirio como en el egipcio y en el helénico, la parte inferior de su figura—de león—representa la fuerza, y la superior—una joven alada—la inteligencia y la velocidad.

Cada mitología dió, de esta manera, preferencia a aquellas representaciones animales que mejor se ajustaban a su especial idiosincrasia. Entre los egipcios vemos una gran cantidad de dioses con cabeza de lobo, de ave, e incluso de vaca,

los animales del Nilo. Los griegos, que fueron un pueblo vertido hacia sus costas, dieron una gran participación en su teogonía a elementos tomados del mar. Y los asirios, cazadores de nacimiento, gustaron especialmente del león en sus representaciones míticas.

Pero posiblemente ningún otro órgano llegó a conseguir, dentro de este simbolismo, el favor que alcanzó el ala en todas las mitologías.

El ala representa, por excelencia, lo ingravido, lo etéreo, lo espiritual. El ala es el soplo vital, lo que ha de volar el día de la Muerte. El "ba" egipcio—el alma que huye al reino de Osiris—se concebía como un halcón con cabeza y brazos humanos.

Las aves cruzan sobre nuestras cabezas tan ligeras y fugaces como una idea que pasa. Odín, el soberano del cielo teutónico, llevaba sobre sus hombros dos cuervos negros (Hugin—el Pensamiento—y Munin—la Memoria—), los cuales volaban sobre el mundo y le traían noticias de los trabajos de los hombres.

El ala es también, por otro lado, la afirmación de la vitalidad misma, del éxito, de la victoria. Las Nikés griegas avanzaban a ala desplegada, desafiando al viento, sobre su carroza triunfal, para colocar la corona de hojas de roble sobre la cabeza del vencedor. "En alas de la victoria" regresaban los héroes de la guerra de Troya.

El ala concede a quienes la poseen la ligereza del viento y la velocidad del rayo. Cuando Perseo prepara su viaje a la isla de las Espantosas Hermanas para cortar la cabeza de la Gorgona, las Ninfas del Norte le regalan unas sandalias aladas.

Alma, pensamiento, victoria, velocidad, todo esto es el ala. Pero, además de esto y antes que esto, el ala es, fundamentalmente, la quimera soñada desde los tiernos años. El instrumento mágico sin el cual no es posible satisfacer el instinto humano de vuelo. Y el hombre, que ha intuído ya que ha de ir subiéndose escalón tras escalón, concreta en esta etapa todas sus aspiraciones en un par de alas.

Esta idea, que vemos más o menos subrepticia en las anteriores representaciones, se nos ofrece manifiesta y descarada en multitud de mitos, que van haciendo desfilar ante nuestros ojos, en fantástico vuelo, héroes y dioses, ya alados, ya en alas de animales voladores, consu-

midos siempre por una ardiente fiebre de subir más alto.

"Déjame subir en tu carro un día tan solo. Esto es lo único que deseo", contesta Faetón a Helios cuando éste le insta para que le pida algo para probarle su paternidad. "Y alzándose por Levante, con el carro del Sol, se remonta, ingrátido, trepando por las alturas del cielo—describe Ovidio—, hasta que, extraviado entre las innúmeras moradas del Zodíaco, perdidas las riendas de los celestes corceles, se desploma hacia Poniente, envuelta en llamas la solar carroza." Y en esta caída de Faetón con su carro, unidos ambos en ardiente brasa, vemos ya un terrible presagio de aquellas otras con que se subrayarán más tarde tantas y tantas vidas como han de inmolarse en este tremendo altar de Moloch.

Esta es la figura del carro volante. Una de las tres formas en que se condensa el mito. La vemos ya en el Chah Namen—uno de los más antiguos libros de la Humanidad—, donde es el rey persa Ke Kaou el que vuela sobre un palanquín remontado por cuatro grullas. Y en el "Libro de los Reyes", escrito 1060 años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, donde nos relata cómo desaparece el Profeta Elías en las alturas, ante los absortos ojos de Eliseo, arrebatado por un carro de fuego.

Pero pronto el carro mismo sobra y el Hombre, saltando intrépido sobre la bestia alada, convierte a ésta en su cabalgadura.

Quizá el más bello poema de Píndaro sea su Olímpica XIII, en la que nos describe a Belefonte, nervioso e impaciente por poseer a Pegaso, el maravilloso corcel que brotó de la sangre de la Gorgona. El joven siente hervir en sus venas, con desesperanzado anhelo, el deseo de remontarse por los aires sobre los lomos del noble bruto. Una noche, durmiendo bajo el altar de Atena, la diosa le entrega en sueños la famosa brida de oro puro, "tal como jamás ojos algunos la vieron antes". Al fin, tras difícil búsqueda, encuentra al animal bebiendo en la fuente Pirene, en Corinto.

De un salto, ciñe la mandíbula del alado corcel con el mágico freno, monta en sus lomos y lo lanza a través de los desiertos abismos del espacio.

Esta obsesión por el hipógrifo celeste la encontramos ya trescientos años antes en Hesíodo, y la vemos de nuevo repetida en el ciclo de la Ilíada.

El tema se repite así en innúmeras variantes, y, uno tras otro, es tratado por todos los clásicos, que no hacen sino recoger la preocupación de la antigüedad por el vuelo humano. La leyenda del vellocino de oro, por ejemplo, en la que Frixos y Helé escapan de la horrible muerte que al primero le había preparado su madrastra, remontándose por los aires sobre un carnero volador—cuya piel fué más tarde el famoso Toisón de Oro—, la encontramos ya en la primera mitad del siglo V en Píndaro, y más tarde en Eurípides, recogiénola, por último, Apolonio de Rodas en la tercera centuria (a. J. C.).

En esta segunda forma que adopta el tema del vuelo se nos ofrece con frecuencia lo que podríamos denominar el "mito del piloto a la fuerza", del mortal arrebatado de la Tierra contra su voluntad por algún dios para llevárselo, justiciero o enamorado, a su celeste morada.

Así Orión, el cazador famoso, que estando ebrio abusó de su amada, por lo que fué transportado con su perro Sirio al cielo, donde aún brillan ambos en las calurosas noches de estío. Así Perséfone, y, en cierto modo, también Frixos y Helé. Y así Ganimedes de Troya, el hermoso efebo que fué raptado por un águila y llevado al Olimpo para que sirviese de escancador a Zeus.

Pero tanto una como otra forma de abordar el tema—el carro alado como el jinete volador—no son sino subterfugios, derivados, "ersatz", que dirían los alemanes, de ese instinto bondo, ancestral, animal a veces, casi brutal, que el Hombre lleva en sus entrañas. ¡Volar! ¡Volar él solo! Con sus propias alas. Vencer sin ayuda alguna, en un alarde de grandeza humana, el peso de la carne.

Y esto lo encontramos en Ícaro.

"¿Quo vadis, Ícaro?", le decía su padre aterrado al verle alejarse. Y nosotros también nos preguntamos. ¿A dónde vas, Ícaro? ¿Cuál es tu significado?

Durante siglos se quiso ver en Ícaro un hecho real. El invento de la navegación a vela. No un aviador, sino un marino. Sus alas eran figura de las velas de su navío. Y así, los romanos, al recoger su historia, no lo hacen morir ahogado, sino que nos le presentan dando bordadas al viento en su barca en la amable compañía de la bella Erigona, disfrutando del placer de su ingenioso invento.

La moderna crítica histórica tiende, cada vez

más, a considerar a Ícaro como un Himmelsmärchen, un poema inspirado sobre una base astronómica, de la serie de los Naturmythus de Wundt. Según ella Ícaro es una imagen de Orión, una transposición lírica del movimiento diurno de una de las más hermosas constelaciones del firmamento, cuyo movimiento nocturno quedó recogido en el mito de Orión y Artemisa.

Así, su ascensión en compañía de Dédalo a la salida de Creta representa la aparición del Lucero Matutino sobre el horizonte por Oriente, al llegar la estación estival. Y su insano deseo de subir hasta alcanzar el sol, el movimiento de conjunción de los dos astros. Pero pronto el brillo de Orión desaparece eclipsado por la luz solar. La constelación se funde en el firmamento, absorbida por Eos, la Aurora. Es el momento en que se derrite la cera sobre las espaldas de Ícaro y éste se precipita en el vacío, cerrándose las aguas sobre él.

Ícaro es el mito más profundo entre los que se adentran en nuestro instinto. El más profundo y el más directo. En él no hay, como en Perseo, Ninfas del Norte que regalen mágicas sandalias. Aquí hay tan sólo unas pobres plumas de ave y un poco de cera, cosas corrientes y molientes, sin valor alguno, tan reales como el mismo afán que las une. Pero aquí hay también un camino. El Hombre primitivo, tras de concretar su deseo en unas alas, intenta ahora, por vez primera, construir las con sus propias manos.

La gran aventura salió fallida. Aún no era llegada la hora, sin duda. Pero tiene tal fuerza la imagen y brilla con tal luz, que es la primera que ve el Renacimiento cuando vuelve sus ojos al pasado.

Y el ala de Ícaro flotando, perdida sobre la inmensidad del mar, en espera de alguien que la recoja, es el broche que cierra toda una época del pensamiento aeronáutico de la Humanidad.

* * *

El Paddam Aram. El desierto. Combas y tenas se tienden al cielo estas inhóspitas tierras del alto Eufrates. Ningún pueblo osó nunca llegar hasta ellas.

Unas nubes de polvo se levantan en la lejanía, sobre el fondo rojo del horizonte. Son las ibrim, los hebreos, "los del otro lado del río",

que avanzan con sus ganados. Un pueblo errante, patriarcal y poético, de pastores enamorados de la soledad del desierto. Vienen de muy lejos, del seno del Tiempo, y acaban de atravesar las fértiles vegas que riegan el Tigris y el Eufrates. El contacto con una civilización superior ha revuelto por completo el légamo de sus ideas. Aquí, en el Paddam Aram, seco y estéril, encuentran de nuevo la paz.

Se detienen.

En la noche el vacío es tan absoluto como en una campana neumática. Sus latidos retumban en la bóveda celeste como un gigantesco "tam-tam" de Dios. Y en el duermevela, mientras vigilan sus ovejas, oyen a veces lejanas voces que les van revelando su pasado.

Aquí, en el Paddam Aram, habló el Señor a su pueblo por vez primera. Aquí nacieron los más bellos capítulos del "Génesis". Aquí comenzó la "mnémesis del Angel".

El Hombre recuerda su pasado. Recuerda un mundo prodigioso que existió otrora en este mismo sitio.

Un Paraíso Terrenal, habitado por aladas milicias celestiales, con las que convivió feliz.

Aquí, ha tiempo, un ángel, Uriel, veló por él mientras dormía y, rauda, emprendió el vuelo para avisar a las huestes de Gabriel de la presencia de Satán en el Jardín prohibido. Un arcángel, Rafael, en amigable plática, mientras comían, le previno del peligro próximo, exhortándole a cumplir su compromiso con el Divino Ser. Y otro, en fin, Miguel, de alada cohorte de querubines escoltado, llevándole hasta la cumbre del Niphates, le reveló la suerte que había de correr su descendencia, y ejecutó después el lanzamiento con que el Altísimo castigó, justiciero, su pecado.

Y de entre tanto vago recuerdo de otros tiempos por esta vieja estampa del ángel, vigilante y amigo, quedó grabada para siempre en su memoria, como una vivencia infantil, teñida a un tiempo de admiración y envidia.

Este es el relato bíblico. Pero aquí de él nos interesan, más aún que la maravillosa historia, las alas de esos ángeles. El ángel es el tercer hito que encontramos en nuestro camino. El hito mosaico. ¿Por qué habían de estar dotados los ángeles, precisamente, de condición alada?

Parece ser que la idea del ángel la concretaron los hebreos después de su paso por Babi-

lonia, donde recogieron las teorías persas sobre los espíritus buenos y malos, y las contrastaron con sus ideas anteriores sobre la existencia de espíritus superiores, originándose de esta forma en la tradición de Israel la doctrina de los ángeles y los demonios.

Los ángeles desempeñaron siempre un importante papel dentro del pensamiento rabínico, y así vemos que el número de citas que de ellos se hacen en las Escrituras es enorme. Sin embargo, en ninguna se especifican ni su naturaleza ni sus facultades, y en tan vasto contexto tan sólo a tres—Rafael, Gabriel y Miguel—se personaliza con un nombre propio.

Abiertas así las puertas por la imprecisión hebraica, pudieron los pueblos vestirlos a su antojo, con las imágenes que llevaban dentro. Y a pesar de que en el Concilio lateranense de 1215 se definió la doctrina de la Iglesia sobre la naturaleza angélica, habían transcurrido ya tantos años y se hallaban tan profundamente arraigadas estas imágenes en la fantasía popular, que el camino quedó abierto indefinidamente.

Y son precisamente esas imágenes las que nos interesan, por cuanto nos revelan el fondo del subconsciente de la Humanidad en esta tercera etapa en su camino. Estudiándolas, pronto echamos de ver que, en tanto que entre los doctores se discutían acaloradamente las jerarquías y número de los ángeles, era unánime el consenso entre los artistas sobre la manera de representarlos, a tal punto que San Gregorio Nacianceno pudo llegar a sintetizar estas representaciones en una fórmula estética, según la cual habían de ser jóvenes, bellos, con los pies desnudos, desplegadas las alas y vestidos de blanco.

Si, tomando como punto final esta fórmula, intentamos ahora recorrer en sentido inverso el camino seguido hasta llegar a ella, tratando siempre de encontrar el origen de esas alas, iremos a parar de nuevo, según la moderna crítica histórica, a las Nikés griegas.

Esta figura, andrógina y eternamente joven, del ángel alado, parece ser un lazo de transición entre el mundo pagano y el mundo mosaico. Iconográficamente se ha podido reconstruir, incluso, esa línea de movimiento que, empezando en la Victoria helénica, por abandono sucesivo de actitudes y vestuario, queda fijada en el ángel bíblico.

Y esta relación, según dicen, no es tan sólo iconográfica, sino también conceptual. Así, en

los ángeles psicagogos, encargados de vigilar el funcionamiento de la máquina celeste y los fenómenos atmosféricos, vemos una transposición de los espíritus de la Naturaleza griegos, y en el Ángel de la Guarda encontramos de nuevo la idea romana sobre los dioses lares y penates.

Sin embargo, este parentesco, a nuestro entender, nos desvía del verdadero sentido de la "mnémesis del ángel". El griego fué un pueblo estabilizado, con una prodigiosa fecundidad de imaginación y de lenguaje, en el que cada palabra y cada idea estaban preñadas de un mito en potencia. Los hebreos fueron siempre, por el contrario, un pueblo nómada, de pastores errantes, al que la vida ofreció más oportunidades para pensar en la vida eterna que para construir grandes fuegos de artificio. Y así, en tanto que los griegos, al recoger del Hombre primitivo el instinto icario, lo cuajaron en brillantísimas imágenes, el semita, cuyo bagaje de viaje había de ser, por fuerza, reducido, se vió obligado a simplificarlo al máximo.

En el ángel se realiza, sí, una extraordinaria labor de sincretismo. El ángel es el águila que, como la de Ganimedes, sube a los cielos a los seres elegidos. Es el tierno compañero de fatigas que acompaña a nuestra alma—pájaro—a nuestro "ba"—en su vuelo final. Y es, también como Huguín, el Buen pensamiento, que vela por nosotros mientras dormimos (los serafines góticos llevaban las alas sembradas de ojos).

Pero mucho más importante aún que todo esto es el hecho de que en el ángel el Hombre comienza a intuir que hay algo mucho más profundo detrás de su aspiración al vuelo que un simple instinto de imitación de las aves.

Fué un pueblo duro el elegido por Dios, mal tratado por la vida, poco apto para llevar a conclusiones prácticas nuestro instinto icario. Voló más alto, sin duda, con su espíritu que con su cuerpo. Pero supo encontrar en su "mnémesis del ángel" esa vaga memoria de un Ser Superior que no prevaricó, como nosotros, y pudo conservar así esa condición alada que un día, a no dudarlo, había también de correspondernos.

Y bajo esta forma de ángel alado, concentrado como una píldora de la farmacopea homeopática, atravesó toda la Edad Media nuestro instinto icario.

* * *

Las células que forman el ser recién nacido son tan antiguas como el mundo. Sólo en una nueva fusión está la juventud.

Tras las sombras del Medievo renace el espíritu. Dominante, violento, ambicioso, intentando abarcarlo todo, Oriente y Occidente, en un formidable esfuerzo por aunar el mundo clásico con el mosaico. En Grecia y Palestina está ya, definitivamente, la matriz del mundo.

Una mano armada con un pincel dialoga sobre un lienzo. De la tela, como de una espita que revienta, se alza una nota intensa, sonora, desgarrada, dominando con su canto los estereos de la Edad Media.

Muy lejos, en otro país, también mediterráneo, una monja "inquieta y andariega" trota sudorosa por los caminos de Dios sobre un viejo rucio, bajo un sol de justicia, revolviendo el mundo a su paso.

Florenia y Avila. Grecia y Palestina. Dos fuerzas colosales en un soberbio contrapunto. Humanismo y misticismo. Santa Teresa y Botticelli. Una época de almas ardientes, lanzadas en medio de una corriente impetuosa. De vida difícil y hostil, llena de inquietudes y peligros.

Y como una suprema evasión, el cielo. El cielo cristiano, con sus coros angélicos, o el Olimpio renacentista, con sus "putti" y sus "bambini."

Y tras el cielo, de nuevo, el "Instinto icario". El fino instinto de la Especie, que de una manera oscura aún, pero certera, percibe con sus antenas subterráneas que ha llegado el momento, que se acercan ya los días de la gran oportunidad. Y sacudiendo su sueño invernal se lanza otra vez, en un prodigioso reverdecer, el ansia humana de alturas y abismos.

Florenia, Siena, Parma, Venecia, Roma. Ciudades esenciales, como lo fueron Atenas y Bizancio. Dueñas de un sentido hiperestésico de las formas y colores. En sus talleres resucitan de nuevo los viejos mitos de Ovidio. Y lo que antes fueron figuras literarias son ahora, en el lienzo, fúlgidas imágenes paganas y sensuales de sátiros y bacantes, ebrios y lascivos.

Pero por debajo de este mundo frívolo y liviano se proyecta otro mucho más lejano. Otra vez, como entonces, son los instintos y las intuiciones las que cantan desde el coro esas verdades inmanentes de la Especie que no pueden callarse. Otra vez saltan sobre el césped los ala-

dos dioses. Giotto, Orcagna, Pollaiolo, el Tintoretto.

Y el gentil Leonardo.

Leonardo es el totem de la Aviación. La figura difícil y desconocida ya de puro estereotipada. Para nosotros no ha de ser aquí sino un hito más. El penúltimo del camino. El hito renacentista.

Leonardo justifica a Carl Schmitt. Y aunque éste se refirió a los maestros del Quattrocento al afirmar que los pintores eran quienes mejor intuían los fenómenos espaciales, fue Leonardo quien a fuerza de sentirlos llegó a enlazar con aquel instinto del Hombre primitivo e intentó recoger las dispersas plumas del hijo de Dédalo, flotantes aún sobre el agua, para reanudar de nuevo la descabellada empresa.

Leonardo no fué—como se cree—un salto en el vacío, sino el símbolo de una época. Antes que él vinieron ya otros con obsesión pareja. y aquí mismo, en Florenia, podemos coger de nuevo, un siglo antes, el perdido hilo del instinto icario, en Dante Alighieri, cuando en su canto de Paolo y Francesca hace desfilar a los amantes girando arrastrados por tempestuoso viento.

Y lo hallamos de nuevo doce cantos después, en aquella escena en que cabalgando el poeta sobre Gerión, el alado monstruo, descende planeando al octavo círculo infernal, donde se consumen los usureros fraudulentos. Es entonces, al verse en el aire, cuando se acuerda, acosado por el miedo, del trágico final de Ícaro y Faetón. Aún más tarde, en el Paraíso, vuelve sobre el tema y hace desfilar, en un patético desfile de la Victoria en tono mayor, las almas de los justos volando en formación, escribiendo sobre el cielo la famosa frase: "Diligite iustitiam qui iudicatis terram."

Y como Dante, Ariosto, Tasso, Sanázzaro, Giordano Bruno. El número de referencias al instinto icario es en el Renacimiento italiano tan fabuloso como pueda serlo en los mejores tiempos de la antigüedad clásica.

En España el escenario cambia por completo. La meseta es un inmenso secarral donde se calcinan al sol los huesos de las reses. Aquí, como en el Paddam Aram, la tierra clama a lo alto pidiendo un Dios. Aquí llega a su punto álgido la exaltación religiosa.

Y en tanto que en Italia, con Leonardo, el

hombre civilizado intenta continuar de nuevo el interrumpido viaje, sumiéndose, como hizo cinco mil años antes, en la contemplación del vuelo de las aves para construir sus alas, el español—al que su medio físico impide olvidar que todo un Dios se hizo Hombre como él—, no pudiendo contentarse con imitar a un ser irracional, por alado que sea, busca la suprema dificultad: ¡el ángel!

Y como, puesto a elegir entre pensar y hacer, opta siempre por esto último—en España se siente la belleza de la acción tan intensamente como en Italia la belleza plástica—, al recordar de nuevo aquella lejana “mnémesis del ángel”, decide convertirse en ángel.

En España el Hombre consigue, al fin, elevar su espíritu hasta penetrar en la senda iluminada, y, escapando a las leyes del espacio y del tiempo, termina por elevar también su cuerpo, no como las aves, sino como los ángeles.

“El alma—escribe Santa Teresa en el “Libro de su vida”, capítulo XX—en este arrobamiento parece desprenderse de los órganos que anima. Sin prevenir el pensamiento viene un ímpetu tan acelerado y fuerte que veis levantarse esta nube, o esta águila caudalosa y cogeros con su alas. Os veis llevar y no sabéis dónde... Y como la flaqueza de nuestro natural haceos temer es menester dexarse en las manos de Dios e ir donde os lleven de grado. Pues os llevan, mal que os pese.

Y aunque ponga todas mis fuerzas en resistir, en especial cuando esto ocurre en público, termino por ceder con gran quebrantamiento, como quien pelea con jayán fuerte, y siento cómo se me va el alma y la cabeza tras ella, sin poderla tener, y a veces todo el cuerpo, hasta levantarse en el aire.

Me parecía entonces que de debaxo de los pies me levantaba una grande fuerza. Y en esto entendí quién era mi Superior. Porque verse así levantar un cuerpo de la tierra con suavidad tan grande, muestra es de la gran Majestad de quien puede hacerlo, y espeluzo los cabellos.”

Y esta forma superior de vuelo, esta “levitación”, la vemos repetirse en San Martín de Pordes, en San Pedro de Alcántara, en San Diego—en el Louvre se conserva el “Milagro de San Diego”, de Murillo, en el que se ve al Santo en levitación—y en San Juan de la Cruz.

“Un día, fiesta de la Santísima Trinidad, se enfrascaron ambos—dice la “Histoire de Sainte Thérèse d’après les Bollandistes”—en consideraciones sobre este gran Misterio. Santa Teresa, arrodillada de un lado de la celosía, parecía más en oración que en conversación. San Juan de la Cruz, sentado del otro lado, hablaba con el fuego que sólo el amor divino comunicaba a su palabra, de ordinario dulce y reposada. Y cuenta la hermana portera, Sor Beatriz de Jesús, encargada de transmitir un recado a la Superiora, que como nadie respondiese a su llamada, abrió la puerta y encontró al Santo y a la Santa suspendidos en el aire. Juan sentado en su silla, a la que se había asido con sus dos manos para sujetarse al suelo, y a la que había elevado consigo. Teresa, hincada de rodillas en el aire, como sostenida por unas manos invisibles. Excitada por este espectáculo, Beatriz llamó a otras religiosas, y así una parte de la Comunidad fué testigo de este doble prodigio.”

San José de Cupertino fué quien poseyó, al parecer, en más alto grado esta facultad superior. Lo que en Teresa y Juan no fué sino suspensión estática, en él es ya vuelo en su forma más elevada. Cuenta el Duque de Brunswick que cuando llegó a Asís en 1650 encontró al Santo planeando bajo las sombrías avenidas, leyendo su breviario, y que en otra ocasión, asistiendo a una solemne función, presidida por Urbano VII, voló José por encima de los asistentes para llegarse a besar los pies de Su Santidad.

Nada sabemos de esta extraña y misteriosa levitación, en la que el Hombre, transido de mística unción, a fuerza de humillarse y renunciar consigue, al fin, liberarse del peso de la carne y emprender su viaje más allá de los confines de la ciencia. Nada sabemos de esta nueva vía, ya casi olvidada, que comenzó aquí, entre nosotros, en España, demasiados años antes, quizá, de la sazón del Tiempo, y cuyo punto final no nos es aún dado suponer.

La otra, la de Leonardo, vino a dar una fría mañana de diciembre en aquel famoso vuelo. Pero cuando Wrigth se lanzó al aire se dejaba atrás al Hombre primitivo. Y éste, al levantarse impelido por su ansia de alturas y abismos, lo que quiso no fué un sencillo vuelo de aeródromo. No. El quería llegar hasta esa aún oscura y lejana región donde se esconde el profundo sentido de la vida.